

Mi visión ecuménica

por Pedro Zamora

En este artículo¹ pretendo exponer, en primer lugar, mis opiniones personales sobre el ecumenismo, aunque también trataré de describir sucintamente las posiciones que mantiene en general el protestantismo español (P.E. en adelante) sobre este mismo asunto. Mi enfoque ha de ser necesariamente subjetivo, en la medida que mi campo es el bíblico y no precisamente el ecumenismo. Advertir por último, que, aunque conozco relativamente bien el P.E., el lector debe entender que, dada nuestra idiosincrasia y los principios teológicos sobre los que se sustenta el protestantismo, mi opinión no puede ser representativa de todo el P.E., ni siquiera de su pequeño segmento ecuménico. Así pues, hechos los descargos, entramos en materia.

1. Opinión personal sobre el ecumenismo.

Nunca me he planteado el tema a fondo ni tampoco de modo consciente, y nunca he desarrollado una actividad ecuménica sistemática. Sin embargo, sí debo decir que los nuevos aires del Vaticano II incidieron muy personalmente en mi vida, pues permitieron que me matriculara en 1979 en una facultad católica para iniciar los estudios en teología, lo cual no sé si hubiera sido posible en la España de las décadas anteriores. A partir de ese momento, mi vida personal está profundamente vinculada a compañeros y compañeras católicos comprometidos en su fe, y a profesores (y afortunadamente también a alguna que otra profesora) que me colocan ante nuevos horizontes que sin duda retaron mi propia fe personal. Curiosamente, nunca consideré que mi experiencia fuera ecuménica, ya que yo provenía entonces de una iglesia evangélica de posiciones radicalmente anticatólicas, de modo que había oído muy poco acerca del ecumenismo. Quizás sea por este motivo que, desde entonces, mi ecumenismo haya sido puramente práctico y hasta inconsciente, y aún hoy día no me veo involucrado en actividades propiamente ecuménicas, a pesar de que viva mi vida y mi fe, y también mi profesión, de manera absolutamente ecuménica. Es quizás debido a esta experiencia particular, que mi comprensión personal del ecumenismo no se basa tanto en un diálogo institucional entre representantes eclesiales, por mucho que éste sea necesario, que ciertamente lo es dada la existencia de cuestiones teológicas y pastorales que es necesario abordar. Por el contrario, lo veo como un movimiento que debe fundarse en las bases promoviendo los lazos y vínculos entre éstas — con o sin pretensiones de alcanzar una unidad institucional —, y sobre todo lo

¹ Revisión con pequeñas modificaciones del artículo originalmente publicado en *Sal Terrae. Revista de teología pastoral*, 87 (1999) págs. 835-847.

entiendo como un movimiento espiritual —en sentido fuerte de «proveniente del Espíritu Santo»— que barre no tanto diferencias, sean éstas identitarias o doctrinales, como temores y actitudes defensivas. Admito que esta comprensión puede resultar muy simple, y además muy protestante debido a su enfoque poco institucionalista, pero además de ser coherente con mi experiencia y mi tradición cristiana, es, creo, muy realista, ya que sólo aspira a los mínimos que creo que se pueden alcanzar hoy en España. En efecto, el ecumenismo institucional y político existe ya en nuestro país, y aunque no sea comparable al de otros países en los que existe cierta paridad numérica o cualitativa entre la Iglesia Católica (I.C. en adelante) y las Iglesias Evangélicas, al menos existen ya los delegados diocesanos de ecumenismo, acuerdos para la publicación de Biblias ecuménicas², reconocimiento de matrimonios mixtos, y alguna que otra realidad ecuménica que me dejó en el tintero, y a pesar de que todavía quedan algunas actitudes entorpecedoras en la práctica ecuménica diaria. Pero creo que ésta no se ve reforzado por un movimiento mucho más vitalista que sople entre las bases. Por lo menos, no es el caso entre las bases protestantes, que siguen afincadas, en buena parte, en el anticatolicismo visceral. Por esta causa, el P.E. ignora por completo una espiritualidad católica de la que, en la medida que su propia espiritualidad se lo hubiera permitido, deja de beneficiarse. Y supongo que otro tanto ocurre entre los católicos para quienes el protestantismo es algo completamente extraño. Quizás una ilustración sirva para ilustrar lo grave, o incluso lo ridículo, del asunto. El P.E. se alimenta espiritualmente, en su mayoría, de movimientos venidos «allende los mares», y desconoce muchos de los movimientos espirituales surgidos en el seno de su propio país, casi siempre en la I.C., naturalmente. Un servidor, que pasó un largo tiempo de estudio «allende los mares», se entera allí de la existencia de algunos de estos movimientos espirituales españoles, pues forman parte del temario de bastantes facultades teológicas tanto católicas como protestantes. Entre ellos, recuerdo la mística clásica española, que es referencia obligada de todo curso de espiritualidad, obviamente, pero también movimientos actuales como los «cursillos». Es decir, movimientos espirituales surgidos en España tienen cierta incidencia positiva en el protestantismo exterior, pero poca o ninguna en el español, al menos en sus bases. ¿Por qué razón? La respuesta es muy simple: temor. Temor a ser engullidos, a perder la identidad, o, peor aún, la fe. Y supongo que ocurre algo parecido en el lado católico, aunque éste, naturalmente, no tema perder su identidad ante un P.E. diminuto en tamaño, y atomizado en su estructura.

Mi situación personal me ha permitido darme cuenta de hasta qué punto un creyente, ya sea protestante o católico, está como espiritualmente amputado al faltarle algo que sólo «el otro» le puede proporcionar. Sí, imagino que para la I.C. oficial —

² Hace poco (29-10-2008) se ha hecho la presentación de la BTI (*Biblia, Traducción Interconfesional*) en la Biblioteca Nacional. Se trata de un proyecto auspiciado por la Iglesia Católica y por Sociedades Bíblicas Unidas.

que defiende su plenitud sacramental, como lo expresa la *Unitatis Redintegratio* al afirmar, sin ambages ni rubor, que «la Iglesia católica se halla enriquecida con toda la verdad revelada por Dios y todos los medios de la gracia» — mi planteamiento, una vez más, es muy protestante al universalizar las carencias y negar la plenitud de una sola de las iglesias militantes. Pero, precisamente, con ello llegamos al *quid* de la cuestión, que es el de la disparidad de planteamientos existente entre protestantismo y catolicismo, también en lo que atañe al ecumenismo. En efecto, yo tengo la sensación de que la jerarquía católica, y me refiero a ella porque las bases suelen tener ideas más laxas, entiende el ecumenismo como un movimiento de retorno a la unidad con Roma, pues los episodios históricos, se afirma, no dejan lugar a dudas: la I.C. ha mantenido siempre la sucesión apostólica, y son los «hermanos separados» quienes se han apartado del tronco común. Esta comprensión empaña una cuestión que es mucho más importante, a mi modo de ver, que la de su pura comprobación histórica, a saber: cada desgarramiento surgido en la I.C., ha supuesto una pérdida de catolicidad para todos, y no sólo para unos. Es decir, han perdido catolicidad tanto los que partían como los que quedaban. Lo pondré de forma más sangrante: para los protestantes, cuando Lutero fue excomulgado por la I.C., ésta amputó un miembro suyo, y con él una vivencia de fe profundamente católica. Sin embargo, si leo la constitución *Lumen gentium* o el decreto *Unitatis redintegratio* del Concilio Vaticano II, veo que la I.C. oficial no admitiría haber perdido algo fundamental por el camino de la historia, ya que, según estos documentos, la I.C. no ha perdido ni un ápice de su catolicidad. Yo no voy a entrar en esa cuestión en términos teológicos o dogmáticos, que son ciertamente difíciles, pero histórica, antropológica y sociológicamente, sí sé que cada nueva realidad eclesial surgida tras un desgarramiento ha generado vivencias y realidades de fe que no eran, ni son todavía hoy —por más que haya habido influencias mutuas muy positivas— transferibles. De ahí que el protestante ecuménico entienda el ecumenismo como la suma de distintividades intransferibles, y no tanto como el retorno a un lugar históricamente común. De hecho, creo, no sé si ingenuamente o realísticamente, que el ecumenismo protestante cree a pie juntillas que la existencia de las distintas iglesias compensa las carencias propias de cada una de ellas, algo así como si dijéramos que las tendencias negativas de cada iglesia son contenidas por las tendencias positivas de las otras. Así, la tentación autoritarista del catolicismo es criticada por el protestantismo, mientras que la tentación a la desintegración secularista de éste es criticada por aquél. Yo creo que la constitución del Consejo Mundial de Iglesias (CMI) refleja este *ethos* protestante, ya que surge más como un foro común donde cada uno expone su aportación particular, que como federación de iglesias que ceden parte de su soberanía para que aquélla tome decisiones vinculantes para todas.

Llegados a este punto, quisiera dejar bien claro que el protestantismo ecuménico jamás cuestiona la necesidad de la catolicidad, sino todo lo contrario. En efecto, ésta ha de ser considerada como constitutiva de la fe cristiana, como parte de su tan traído y llevado *kerygma*, según han puesto de relieve los estudios socio-literarios sobre

los sinópticos al destacar el carácter inclusivo de la predicación jesuítica (G. Lohfink, G. Theissen, R. Aguirre, etc.), o como lo demuestra también la primera apología anti-judaizante de Pablo, seguida después por los grandes apologetas que fueron algunos de los padres de la Iglesia. La catolicidad debe ser considerada como el impulso principal y propio del Espíritu Santo que barre las fronteras y tiene poder para crear un nuevo pueblo santo unido en su misma alabanza. No hay duda sobre ello en el protestantismo, al menos en el ecuménico. De hecho, yo diría que el movimiento ecuménico moderno se desarrolla entre el protestantismo con relativo éxito, precisamente como expresión de la profunda conciencia de pérdida de esa catolicidad que es vivida en el día a día de fragmentación y dispersión de recursos, personas, experiencias de fe, misión, etc. Es más, esta conciencia ha conducido a muchas de las iglesias protestantes a serios procesos de autocrítica, que han sido fundamentales para dar los pasos necesarios hacia la unidad institucional con otras iglesias. Así, procesos de unión culminaron en las llamadas «iglesias unidas» como la *United Reformed Church* del Reino Unido, la *United Church of Canada*, la *United Methodist* de Estados Unidos, por mencionar sólo algunos casos. Por esta razón, la capacidad para la autocrítica me parece fundamental como parte de la catolicidad, y he de decir, desde mi protestantismo, que la autocrítica debe llegar hasta sus últimas consecuencias de «despojamiento de uno mismo» o «vaciamiento de uno mismo», sin caer, eso sí, en absurdos *haraquiris* motivados por la hipercrítica, como ha sido el caso en algunas iglesias protestantes europeas y norteamericanas. En este sentido, echo en falta una actitud y un discurso algo más autocrítico de la I.C. oficial, y ello me lleva a preguntarme si será posible algún día alcanzar una unidad que, cuando menos, tiene que comenzar por una profunda autocrítica y un sincero reconocimiento de los horrores y errores cometidos en nombre de Cristo. Claro que por otro lado, viendo la atomización protestante, le asalta a uno otra pregunta: ¿será posible alcanzar la unidad institucional sin una autoridad catalizadora de la misma? Y esta pregunta me lleva a otra: ¿puede existir una autoridad fuerte y autocrítica a la vez, sin que se desvanezca? Yo, desde la fe cristiana, afirmaré que sí, o al menos, que así debe ser. Pero desde la realidad social que vemos y vivimos, ya tengo mis dudas. En fin, ya se sabe, aunque lo digo un tanto caricaturescamente: los protestantes sufrimos las paradojas mientras que los católicos las equilibran. Por eso la paradoja fe-autoridad es nuestro talón de Aquiles, razón por la que preferimos dejar su resolución para el «más allá». A este respecto, diría que aunque el CMI ha tratado de ser ese núcleo —que no autoridad— catalizador de la unidad institucional, en la actualidad no parece suscitar muchos entusiasmos entre sus iglesias afiliadas, muy particularmente las ortodoxas. En su corta historia ha habido luces y sombras, pero estas últimas parecen cernirse amenazadoramente sobre su futuro. Yo personalmente creo que la crisis será positiva y traerá nuevas luces, a condición de que el CMI recupere un papel relevante entre sus afiliados como impulsor de un profundo movimiento espiritual de renovación de la fe, única forma posible de que recupere la credibilidad como agente fundamental de la unidad. De otro modo, su alternativa sería la de convertirse en mero gestor de recursos eclesiales. Y hoy día, quizás ni como gestor de recursos, ya que cada vez tiene menos.

Esto me lleva, precisamente, a una crítica al movimiento ecuménico actual, que es semejante a la que se hace respecto al desarrollo actual de la unidad europea, a saber: el excesivo grado de politización que ha alcanzado, con su consiguiente burocratización. No sé hasta qué punto esta crítica es acertada o no, ni tampoco quisiera que se me malinterpretara como un apologeta de la apolítica, pues no creo que tal cosa exista o sea posible. Sin embargo, en los pocos contactos que tengo con el CMI sí me ha parecido percibir una desconexión con la realidad eclesial que lo sustenta, aunque también pienso que su propia constitución como foro de iglesias sin poder vinculante no le ha dejado más alternativa que ese camino. En efecto, el propósito de sumar e incluir lo más posible, loable como es, ha conducido a una difuminación de su discurso teológico y espiritual, paralelamente compensadas por una decidida toma de posturas sociales, políticas y éticas, como si éstas pudieran constituirse en mejor denominador común que las distintas doctrinas y tradiciones eclesiales. Prueba de cuanto digo podría ser la última tendencia que se ha dado en llamar «macroecumenismo», cuyo objetivo es el diálogo fluido entre las distintas religiones, particularmente entre las monoteístas principales. Creo que esto ha provocado reacciones incluso entre las iglesias más ecuménicas que ven cómo sus problemas más urgentes son otros, como por ejemplo la deserción de un número importante de feligreses hacia el puro secularismo o hacia iglesias con posturas más definidas. Y todo ello, ha originado un cuerpo directivo mucho más político que espiritual y pastoral. Dicho en términos sociológicos, la dirección del CMI carece de carisma entre sus iglesias.

Pero no sólo el CMI está altamente politizado y burocratizado, sino también el diálogo católico-protestante, de lo que no hay por qué extrañarse, ya que si el intra-protestante es dificultoso de elaboración por basarse en el foro, aquél lo es más porque las posturas teológicas de la I.C. y las actitudes del protestantismo están muy definidas. A este respecto, me llama mucho la atención la *Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación* firmada en Augsburgo el 31-10-99 (día de la Reforma) por la Federación Luterana Mundial y la I.C. Debo admitir que mi lectura ha sido somera, pero lo suficiente para darme cuenta de que no entra en el meollo de la cuestión, sino en las interpretaciones incorrectamente extraídas sobre las respectivas afirmaciones que atañen a la justificación por la fe. Es un buen principio, pero a la vez pone de manifiesto que el camino por el diálogo teológico y doctrinal no será fácil, por lo que requerirá de grandes inversiones en recursos humanos y también materiales. ¿Y entre tanto? Me llama la atención cómo católicos y protestantes damos distintas respuestas al «entretanto». Para el protestantismo ecuménico, es fácil compartir la mesa del Señor con aquellos que considera que estarán también en el banquete escatológico preparado por Cristo. La lógica nos dice: «Si estaremos juntos allá, ¿quienes somos nosotros para impedir la comunión a un hermano o hermana, cualesquiera sean los problemas dogmáticos y eclesiales que queden por resolver?» Curiosamente, la I.C. se posiciona a este respecto junto al protestantismo más rigorista que niega la comunión a quien no considera pertenecer al verdadero redil cristiano. Conozco las cuestiones de fondo de este tema, obviamente, y no deseo caricaturizarlo, sobre todo

por la importancia que tiene el sacramento eucarístico para mis hermanos católicos y evangélicos. Pero tampoco quiero dejar de señalar hasta qué punto se hace extraño el que uno pueda compartir su vida de fe con hermanos de otras confesiones, y ello a veces a un nivel muy profundo, y sin embargo no sea posible compartir la mesa del Señor. Mejor dicho, a mi me sorprende que podamos compartir al Señor, pero no su mesa. Lo relato, obviamente, porque no hay mejor ilustración del pensamiento ajeno que narrar aquello que le causa sorpresa. Hoy ya no es así, pues me he habituado, pero sí recuerdo la primera vez que quise participar con mis compañeros de facultad, y el profesor y sacerdote, al que admiraba y sigo admirando por su ciencia y su fe, me «leyó públicamente la cartilla», o sea, mencionó en la mesa todos los impedimentos canónicos por los que los no católicos no podíamos participar de la comunión eucarística. Sé que él no tenía alternativa, y mi consuelo es que también sé que les dolió tanto a mis compañeros como a mí mismo, y sigo siendo consciente de este dolor por los dos lados.

Bien, es hora de ir cerrando esta sección personal o subjetiva ofrecida como muestra de un «típico protestante» ecuménico. Pero no quiero hacerlo sin expresar mi esperanza en una especial acción del Espíritu Santo que barra por igual las barreras puestas por unos y por otros, y nos ayude a todos a centrarnos, incluyendo el necesario diálogo católico-protestante oficial, no tanto en nuestras diferencias o semejanzas doctrinales, sino en la realización del Reino de Dios en el seno de nuestro país, que a fin de cuentas es lo que importa.

2. Opinión de un protestante español sobre el propio P.E.

El punto anterior no refleja para nada, creo, la realidad mayoritaria del P.E., ya que mi experiencia personal es algo distinta a la común de un protestante español. Lo que sigue es, pues, la «normalidad» en el mundo P.E. Para comenzar, diré que el diminuto y atomizado P.E. se muestra prácticamente unánime en su espíritu anti-ecuménico, si por ecumenismo se incluye el diálogo con la I.C. Por el contrario, es más ecuménico si ésta queda excluida de toda relación o diálogo³, aunque cabe matizar que este ecumenismo interprotestante español no deja de ser, todavía hoy por hoy y a pesar de signos esperanzadores, una tendencia pragmática de autoprotección frente al exterior, más que un verdadero movimiento de unidad. Naturalmente, muchos lectores se habrán dado cuenta de que nuestra particular historia española tiñe por completo este posicionamiento antiecuménico. En efecto, en su conjunto, el pro-

³ Es significativo el vocabulario empleado en el mundo protestante español para referirse a las relaciones intereclesiales: «interdenominacional» es utilizado para las relaciones entre las distintas iglesias protestantes, mientras que el adjetivo «ecuménico» se utiliza sobre todo para el diálogo con la iglesia católica. Es decir, «interdenominacional» tiene connotaciones positivas, mientras que «ecuménico» es incluso utilizado de modo despectivo.

testantismo español ha sido cincelado a golpes de persecución y a fuerza de una respuesta de sacrificio heroico, el cual, una vez se pasa de la persecución a la intolerancia, y de ésta a la tolerancia y finalmente a la libertad estable —a fin de no entrar en conceptos más complejos me refiero tan sólo a la libertad constitucional— se transforma en una actitud romántica e idealista que le hace ser extremado en sus planteamientos, sobre todo dogmáticos, pero a la par le inhabilita para el sano ejercicio de la autocritica, y le convierte en un iluso e ingenuo en cuanto a sus planteamientos pastorales e institucionales, pues su extremismo no le permite hacer análisis sosegados y razonados tanto de la realidad en la que vive, como de la suya propia. En mi opinión, es esta falta de sentido autocrítico el que fundamenta la reflexión que, todavía con cierto «temor y temblor» hace el P.E. de toda la realidad que le envuelve, incluyendo de modo muy particular la relación con la I.C, ni que sea en forma de diálogo. Por ello, a pesar de que ésta ha experimentado en su interior desarrollos que, en principio, debieran ser considerados muy positivamente por el P.E., éste los desconoce a causa de su temor a acercarse abiertamente, bien sea por la base (parroquias, comunidades, etc...) o por la dirección (establecimiento de un diálogo institucional) de la I.C. Obviamente, es la secular desconfianza hacia ésta, pero sobre todo la falta de seguridad de muchos dirigentes del P.E., lo que les hace temer cualquier planteamiento de búsqueda de la unidad.

Lo dicho en la sección anterior no agota, sin embargo, las razones del antiecumenismo protestante español. Creo que hay otras de calado más teológico, a pesar de que el P.E. no ha podido desarrollar todavía un quehacer teológico propiamente dicho. Aquí me voy a referir sobre todo a las razones eclesiológicas. El P.E. ha desarrollado, primero, una realidad eclesial radicalmente opuesta al «jerarquismo» católico, que ha resultado en una impresionante fragmentación atomística que, lejos de ser considerada un escándalo es considerada prácticamente la virtud por excelencia del P.E. Por ello, yo diría que la eclesiológica que se desarrolla sobre esta base social es la de la *ecclesiola in ecclesia*, aunque en no pocos casos ello degenera, si no teológicamente sí en la práctica, en la eclesiológica de la *sola ecclesiola*. Éste es el resultado no sólo de la reacción anticatólica, sino de la escasa influencia sobre el P.E. de las tradiciones eclesiásticas protestantes más ecuménicas, como la anglicana, la luterana o la reformada. A partir de esta eclesiológica teórica y práctica, se potencia hasta el extremo tanto la capacidad de «autogobierno eclesiástico» como la «autonomía espiritual» del individuo respecto a cualquier tutelaje externo. Tan es así, que es moneda corriente afirmar que el crecimiento del P.E. se basa más en las divisiones que en estrategias evangelizadoras más o menos bien pensadas.

Otro elemento que, personalmente, considero determinante para el antiecumenismo del P.E. es su secular marginación social y política. En efecto, la prolongada y sistemática intolerancia llevada a cabo por los poderes políticos y religiosos en España, acabaron por radicalizar el juicio negativo del P.E. respecto a toda forma de poder, de modo que incluso en la presente época democrática subsiste una profunda

sospecha hacia toda forma de poder, lo cual se refleja en una actitud absolutamente apolítica. Naturalmente, la vinculación ya antigua de la I.C. al poder político la sitúa bajo sospecha ante el P.E.. Derivado de todo ello, el P.E. no ha desarrollado ninguna relevancia social que le permita desarrollar un talante distinto, que, sin necesidad de renunciar ni a sus principios ni a su historia, le permita asumir compromisos con la sociedad en la que vive hoy, incluida en dicha sociedad, obviamente, la I.C.

Hasta aquí he pretendido ser autocrítico porque, en mi opinión, el victimismo no tiene hoy sentido, ni es justo con las generaciones actuales. Pero dicho esto, subsisten ciertos factores que justifican algunos de los temores más profundos del P.E. respecto a la I.C., y que no facilitan para nada la apertura al diálogo. En mi opinión dos son los principales: (1) Subsistencia de una «estrategia de recomposición» del poder social y político; (2) Acusación de sectarismo contra la mayoría de iglesias protestantes. Ambos factores dependen mucho de la «imagen pública», ya sea que la dé principalmente la propia jerarquía católica, o que se le atribuya justa o injustamente por determinados medios de comunicación, de modo que corro el riesgo de basar mi opinión en prejuicios. Aun así, puedo decir, respecto de (1), que para muchos protestantes españoles los pronunciamientos públicos de la jerarquía católica suenan muy extraños por tres razones: una porque son muy matizados, y parecen carecer de «radicalismo» evangélico, y otra porque parecen mostrar cierta dureza sólo contra los mismos sectores sociales o políticos, y en tercer lugar porque no muestran un sentido autocrítico, siendo que hay muchísimas razones históricas y actuales para ello. Si a esto añadimos las noticias en las que se da la impresión de que los partidos dominantes (PSOE y PP) favorecen claramente a la I.C. (v. gr. asignatura de religión, asignación del Estado, acuerdo sobre las casillas de la declaración de rentas, cesiones de terrenos, COPE, etc.), que no le extrañe a nadie que el P.E. mantenga una postura de sospecha hacia la I.C., y crea que existe una «añoranza de poder» por parte del catolicismo oficial. A este respecto, suena rarísimo el debate público que ha existido sobre si la I.C. debía o no pedir perdón por su involucración oficial con el régimen franquista. Digo que suena rarísimo por la casuística empleada en el debate por quienes tienden a matizar el Evangelio en estado simple.

En lo que atañe a (2), se tiene la impresión en los medios protestantes de que hay un velado interés en promover una reacción contra las sectas en general, en las que se incluyen las protestantes. Yo personalmente soy muy crítico con nuestras propias actitudes sectarias, y digo «nuestras» porque como evangélico he de asumir, me guste o no, que hay sectas en el P.E. Sin embargo, la cuestión es que también existen sectas o actitudes sectarias católicas que no aparecen reflejadas en los informes, o en las noticias. Es más, la propia iglesia, católica o protestante, tiene entre sus gérmenes formativos muchos radicalismos sectarios, y en la actualidad la propia sociedad debiera preguntarse por qué razón no resulta peligroso mantener ciertos privilegios económicos de la iglesia católica en España, o de la protestante en Dinamarca o Alemania, y las iglesias debieran tener la suficiente fe como para renunciar a todo cuanto supo-

ne privilegios, por muy históricos que sean, o por muy arraigados que estén. Creo que un reconocimiento de nuestros orígenes, con sus bondades y sus lastres, nos ayudaría a mantener posturas más informadas y más prudentes a la hora de utilizar la acusación de sectarismo con excesiva ligereza. Al menos, cuando veo algunos actos de las distintas iglesias, especialmente los masivos ricos en todo tipo de parafernalia religiosa, yo no puedo por menos que preguntarme si no se nos podría acusar a todos de sectarismo.

Soy absolutamente consciente de que en el análisis de estos puntos se puede pecar de hipercrítico, y que, como siempre, sería necesario estudiar estas impresiones mucho más sosegada y detenidamente. Sin embargo, lo cierto es que la opinión de las bases no siempre se forma mediante tales estudios, sino por medio de la percepción social o grupal de la realidad. Por ello, creo que estos factores aquí expuestos seguirán incidiendo muy negativamente entre el P.E. de cara a un cambio de actitud respecto al ecumenismo. De hecho, su incidencia puede ser mayor que cualquier otra consideración teológica o espiritual, y, lamentablemente, también mayor que la buena voluntad de los delegados diocesanos de ecumenismo, o de las misioneras de la unidad, entre otros de los agentes que promueven el ecumenismo en la I.C.

Pero no quisiera finalizar este artículo sin referirme al diminuto protestantismo ecuménico español, que se circunscribe fundamentalmente a dos iglesias: la IEE (Igl. Evangélica Española) y la IERE. Además de porque soy miembro de la primera, quiero mencionarlas porque han sido capaces de atreverse a la apertura hacia el diálogo ecuménico con la I.C. —y esto a pesar de encontrarse permanentemente en un nivel de supervivencia— lo que les ha reportado mucha incompreensión del protestantismo mayoritario en nuestro país. Estas iglesias recibieron un impulso ecuménico debido a sus conexiones eclesiales europeas (luteranos, metodistas, reformados y anglicanos) y norteamericanas (presbiterianos y episcopales), que les permitió participar del espíritu ecuménico que cristalizó en la formación del CMI. Es más, ambas, al menos en su cuerpo pastoral, siguieron de modo muy positivo el desarrollo del Vaticano II y su influencia en la propia I.C. española. Un pastor conocido en los medios ecuménicos me contaba cómo muchos sacerdotes e incluso delegados diocesanos y otros altos cargos católicos lucharon por los derechos y la defensa de las minorías protestantes. Sin duda, aquellos fueron tiempos de fervor ecuménico. Pero parece que el fervor se ha enfriado dejando paso a un ecumenismo «de cortesía» o «versallesco», pues los tiempos actuales apuntan hacia la «recomposición» de la propia identidad, y no sólo del P.E. respecto al catolicismo español, sino de éste respecto al protestantismo — entre los oponentes a las interpretaciones más abiertas del Vaticano II, se ha llegado incluso a hablar de «desprotestantizar» a la I.C.—, y también de las propias iglesias protestantes cara las unas a las otras. Esto no significa que el ecumenismo esté puesto en cuestión, pues se le sigue apoyando, al menos programática y oficialmente, por parte de todas las iglesias que participan de él, pero sí existe desencanto, y no parece que a las nuevas generaciones protestantes el tema les entusiasme. O quizás sea otro

el problema (si es que lo es): es muy posible que en una sociedad democrática y sobre todo más plural, la cuestión ecuménica preocupe mucho menos, lo cual nos lleva a preguntarnos por el futuro del ecumenismo en España.

3. El futuro del ecumenismo en España.

Las iglesias protestantes españolas con talante ecuménico son demasiado pequeñas como para hacer que el diálogo y la práctica ecuménicas con la I.C. sea realmente significativo en España. Además, soportan un rechazo desmedido del resto de iglesias evangélicas precisamente por su ecumenismo. Es decir, se da muy poco espacio para llevar a cabo un diálogo ecuménico sistemático y en profundidad, y mucho menos para articular proyectos pastorales, diaconicos o de otro tipo con la I.C., como ocurre en otros países. Por el lado protestante, pues, sólo cabe una esperanza para el ecumenismo: que se ampliara el círculo de iglesias evangélicas que arrimaran el hombro al carro ecuménico. Por el lado católico, creo que los agentes ecuménicos están frustrados por la escasa respuesta del P.E., lo cual les puede llevar a preguntarse por el significado o sentido de su labor.

Así pues, este ecumenismo práctico en nuestro contexto español podría incluso llegar a desaparecer por inanición, aunque como actitud puede pervivir perfectamente en ambos lados, al menos el tiempo necesario para revivir un ecumenismo más institucional. Curiosamente, en mi opinión es el contexto democrático y plural el que salvaguardará la actitud ecuménica, y no tanto la realidad de las propias iglesias involucradas. En efecto, la sociedad nos obliga, mal que bien, al diálogo y al consenso, y no admite ninguna solución impuesta. No soy ingenuo, y sé perfectamente la crítica que se le puede y debe hacer a una sociedad que impone mediante la sofisticación de los medios de masas, pero, ¡por una vez al menos!, digamos que nuestra sociedad actual es «tabla de salvación» para las iglesias tentadas a encerrarse en sí mismas y sus propias inercias. Unas iglesias obligadas a vivir en la apertura social, son iglesias mucho más sanas porque aprenden a vivir y realizar sus proyectos de fe absoluta y —¿por qué no decirlo también?— absolutista, dentro del espacio de la libertad ajena. Si antes decía que la coexistencia pareja de distintas iglesias contenía los extremos de cada una, y compensaba sus carencias respectivas, ahora añado que la esperanza del ecumenismo en España está en el pleno desarrollo de su democracia y sus libertades, aunque éstas puedan cuestionar la necesidad de un diálogo intereclesial directo, porque se asume la libertad de todas las partes y ello conduce a una desmovilización ecuménica. ¿Por qué lo creo? Porque una sociedad abierta nos obligará a todos, lo queramos o no, a abandonar actitudes de defensa de privilegios históricos adquiridos o actitudes defensivas de autoprotección, y a orientarnos más sobre la misión a la que todos hemos sido llamados, es decir, ser cuerpo de Cristo en el mundo. Creo que el Espíritu Santo está renovando en la actualidad la oportunidad para que las distintas iglesias tengan más presencia en nuestra sociedad sólo como cuerpo de Cristo, ¡ni más, ni menos!